
EL ANTIGUO EGIPTO

HASTA LA VI DINASTIA.

SEÑOR SUB-SECRETARIO:

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

GRANDIOSO es el espectáculo que se nos presenta! Indefinibles las impresiones que experimentamos al recorrer las páginas de lo pasado, y cuando vemos en ellas desfilan á todos los pueblos del mundo, entonces nos sentimos transportados como por encanto á aquellos suntuosos recintos de sus dioses y magnates y quedamos mudos de asombro ante tanto esplendor: aquí encontramos el objeto de su adoración cubierto de oro y pedrería; más allá al gobernante orgulloso ataviado con las joyas más preciadas; después se nos presentan sus héroes, aquellos hombres, orgullo de su sexo, y al conocer sus hazañas no podemos menos que postrarnos ante ellos, tributándoles honor y reverencia; conocemos también sus idiomas, sus costumbres, pues á cualquier punto de la tierra que dirijamos nuestra vista, siempre encontraremos al hombre dotado de cierta cultura, aun en las épocas más antiguas á que puede alcanzar la investigación histórica.

No sólo el lenguaje es propiedad de los hombres civilizados; la tribu más ruda, por débil y primitiva que se presente la forma de su vida social, posee una serie de nociones morales que

presiden á su existencia. En todas partes encontramos cierto número de conquistas materiales, ó por lo menos, los rudimentos de aptitudes técnicas. No hay quien no sepa utilizar los animales domésticos, apreciar el fuego, fabricar armas, utensilios, vestidos, y hasta objetos de adorno, aun apelando á los medios más primitivos.

¿No es verdad que en todo esto gozamos con un verdadero placer? ¿Cómo no consagrar nuestra atención á la Historia! ¿Cómo no dedicarnos á su estudio tan bello como útil! En él hallamos la nobleza del corazón humano representada en sus héroes, así como la vileza en los malvados; otras veces el aniquilamiento total de los afectos más tiernos, como nos lo demuestran las orgullosas espartanas que veían con gusto despeñar á sus hijos en los barrancos cuando nacían débiles é impropios para ser luego vigorosos defensores del Estado. Con la adquisición de todos estos conocimientos, podemos prever lo porvenir y ellos nos conducirán por la senda del bien si queremos ser felices; pero aun cuando fuese por un simple adorno el estudio de la Historia, muy plausible sería para nosotros dedicarnos con tesón á su cultivo, atendiendo sólo á que él nos hace conocer á los personajes eminentes que se alejan de nosotros y se pierden en las brumas de los tiempos.....

Permitidme que os conduzca por un momento á uno de los pueblos más antiguos, para que lo contemplemos en la época más remota á que ha podido llegar la paciente y fructuosa investigación histórica; visitaréis conmigo sus grandiosos monumentos, conoceremos sus dioses, las ideas religiosas en que inspiraron sus actos, y los rasgos generales de su vida. Este país de grato recuerdo para todos los que conozcan su historia es: *el Antiguo Egipto*, al cual consideraremos en su desenvolvimiento hasta la VI dinastía.

En el ángulo Nordeste del Continente africano, el Nilo, que atraviesa el corazón de aquella parte del mundo, creó en la región septentrional de su corriente un largo y estrecho valle, que con las anuales inundaciones y con la capa de limo que

cada año depositaban sus desbordadas aguas, fué poco á poco engrandeciéndose con terrenos cultivables, y de esta suerte, por medio de un trabajo de miles de años y por una lucha incesante con sus dos enemigos vecinos, los desiertos de la derecha é izquierda, fué conquistándose una parte de sus extensos territorios, de la cual salió aquella fértil comarca que se ofrece hoy á nuestra vista como una excepción agradable y sorprendente del carácter inhospitalario del Nordeste de Africa, como un trozo de tierra que convida á establecerse en él.

El gran desierto de Sahara, habitado sólo en unos cuantos distritos, negando en los demás de inconmensurable extensión, la vida así al hombre como á los animales y plantas, se desarrolla al Oeste del territorio egipcio, y otro desierto no menos inhospitalario que el anterior, se desprende de su límite oriental para terminar en el Mar Rojo.

Egipto, precioso hijo de la corriente del Nilo, se ofreció á nuestra vista protegido y resguardado por todos lados, bañado al Norte por el Mediterráneo y limitado al Sur por la catarata en que con gran estrépito se precipitan entre Assuan y Filae, las aguas del gran río. En otras comarcas, la naturaleza prodiga sus dones en múltiples y variadas formas; en Egipto sus favores se reducen simplemente al agua: al Egipto le regala su Nilo, y este generador y sostén del país ha sido y es casi el que lo alimenta. Los territorios que él no baña con sus aguas, son horribles páramos; en cambio, derrama sus bendiciones y hace espléndidamente fértiles á aquellos por entre los cuales se desliza su corriente fecunda.

No es por tanto el Egipto sino un larguísimo y angosto valle encerrado entre desiertos, y que cual ellos permanecería árido é inculdo á no ser por las inundaciones del benéfico río. En el solsticio de verano, el sol que se eleva perpendicularmente sobre la Nubia, de tal manera dilata la abrasada atmósfera, que las masas de aire y las nubes más frías, procedentes de Europa, se precipitan á ocupar el lugar de aquel aire enraecido para restablecer el destruído equilibrio. De aquí los

vientos que soplan en determinadas épocas del año y las lluvias periódicas que se efectúan en aquel país. Por otra parte, los deshielos procedentes de la Etiopía engrosan de tal manera la corriente del río, que éste anega al Egipto con sus aguas, creciendo hasta el equinoccio de Otoño, en cuya época se retira lentamente, dejando el abono fecundo con el cual se produce y recoge abundantísima cosecha. Así, pues, el país que en el verano parece un mar, entre cuyas aguas rojizas y saladas sobresalen los mayores edificios y las copas de los cedros, de las palmeras, de las acacias y de los naranjos, en el invierno se convierte en risueña campiña, engalanada con el verdor de los arrozales, de la cebada y del lino y donde pastan abundantísimos rebaños. La primavera, luego, reina sobre un terreno gris, pulverulento y lleno de grietas; si á esto se agrega un cielo siempre sereno, más bien blanquizo que azul, una atmósfera siempre inundada de luz deslumbradora, un sol que lanza sus inflamados rayos sobre una llanura árida y uniforme, y el contraste de la abundancia campestre al lado de la desolación de las arenas, no es de admirar que en este país se hayan arraigado singulares instituciones que alternen perpetuamente las ideas entre la vida y la muerte.

Se ignora cuáles fueron las circunstancias que encaminaron á la población de Egipto por la senda de civilización tan elevada como la que encontramos en él. El Estado, el arte, y la religión, se nos presentan en sus más antiguos monumentos completamente formados, ó aun en su mayor apogeo, desde 3,000 años antes de Jesucristo. A cada paso nos ofrece su historia problemas de difícil resolución, y sobre los cuales sólo se puede adquirir alguna luz procediendo por analogía ó por deducción de épocas anteriores. Por este medio se ha llegado á tener noticias de tiempos antiquísimos, pero no de los tiempos primitivos.

Los constructores de las pirámides, monumentos los más gigantescos que se alzan sobre la faz de la tierra, debieron vivir en tiempos muy apartados; no obstante esta antigüedad

hay, sin embargo, elementos y datos que permiten representarnos la vida de ese remoto y venerable imperio. Conocemos, pues, la organización del país en que gobernaron los constructores de las pirámides, y poseemos muchas creaciones del arte y de la industria que en el reinado de aquellos soberanos florecieron. Esta investigación ofrece ciertos atractivos, que suben de punto al considerar que en Egipto nos encontramos con una civilización esencialmente propia, por ningún elemento exterior influida. Durante mucho tiempo se ha creído que un hechizo profundo y misterioso se ocultaba detrás de toda esa escritura simbólica, de esas figuras de dioses en forma de animales, de esas admirables construcciones de templos y sepulcros; pero desde que el espíritu de investigación del siglo decimonono ha desgarrado el velo en que estaba envuelto el Egipto, esa ilusión ha quedado destruída.

La incertidumbre que reinaba acerca de los tiempos más antiguos, ha quedado casi desvanecida cuando se ha podido penetrar en sus misterios descifrando la complicada escritura jeroglífica. El pueblo culto del Nilo ha construído más monumentos que ningún otro; y á pesar de que el transcurso de los siglos ha destruído muchos de ellos, una gran parte se ha salvado, protegidos por las arenas del desierto. Desde la expedición de Napoleón á fines del siglo XVIII, ha sido cada día mayor el número de monumentos que se han descubierto, y leyendo en sus muros las inscripciones que aún se conservan, es como se han tenido importantísimos datos para reconstruir la historia.

Los egipcios conservaron ciertamente el recuerdo de su pasado, y los reyes tenían noticia de los hechos y de la suerte de sus antecesores; pero por lo que se ha podido investigar, no tenían tales noticias por ninguna obra histórica, siendo muy dudoso que los egipcios poseyeran anales compendiados. Lo único que existe en este punto, son listas de reyes que fijan la sucesión de los soberanos, pero la inseguridad que reina respecto á datos cronológicos aumenta las dificultades, pues los egipcios no poseyeron nunca una cronología fija: contaban

según los años del reinado de sus monarcas, de suerte que para precisar la fecha de un acontecimiento, sería necesario poseer la lista completa de los soberanos y datos exactos acerca del tiempo que duró el gobierno de cada uno de ellos.

La naturaleza del país brindaba á la vida sedentaria, por eso convirtió á sus habitantes en hombres ingeniosos que tenían que roturar el terreno y que debían de ocuparse sobre todo en el cultivo de su suelo.

No estaba por cierto exenta de grandes penalidades la vida del labrador egipcio, pues si podía surcar fácilmente con el arado el blando suelo, y la semilla le daba grandes productos, el riego de los campos le imponía gran trabajo que no podía descuidar en ninguna estación del año. En cuanto á su manera de vestir, se asemeja mucho á la de las tribus negras del alto valle del Nilo: un delantal de cuero ó de tela, sujeto por un cinturón; y este fué en aquel tiempo el traje universal, pues aun el mismo rey usaba ese delantal, llevando como signo distintivo una cola de león atada á la cintura.

Entre las clases ilustres encontramos, en tiempos menos remotos, en lugar de este delantal, una tela que cubría toda la cintura, y los nobles solían llevar pieles de león ó de pante-ra; esto, y los ricos collares, constituían todas las prendas del vestir.

Las mujeres se ornaban con una túnica larga y ceñida que les dejaba descubierto el pecho. Los niños, incluso los de los nobles y los de los príncipes, iban completamente desnudos. En la manera de llevar el pelo tenían mucha analogía con las demás tribus africanas; así, la clase alta como la baja llevaban la barba cuidadosamente afeitada; en cambio el cabello lo usaron en un principio suelto, lleno de grasa y se lo dejaban crecer cuanto podían; y después se introdujo la costumbre de llevar en lugar del pelo natural, una enorme peluca. Las mujeres por el contrario, ostentaban su propio cabello recogido en trenzas.

Respecto á los utensilios domésticos, eran en su mayor par-

te de forma sencilla pero elegante. Los egipcios sabían también extraer el oro y los demás metales y trabajarlos convenientemente; el oro lo empleaban para los objetos de adorno y el cobre generalmente para las armas.

El Estado en que primitivamente vivían los egipcios no abarcaba todo el valle del Nilo, siendo muy probable que con el tiempo se fuera formando una unidad con los pequeños territorios fáciles de vigilar y cuyos habitantes se conocían unos á otros. Tales eran los distritos ó *nomos*, territorios de poca extensión situados ya en una sola ó ya en ambas riberas del río. Hasta el período romano formaron estos nomos la base de la organización administrativa; el centro del distrito era el lugar donde se rendía culto al dios tutelar de éste y era considerado como su capital; en estas capitales residía además del soberano del distrito toda la nobleza; en los lugares del culto había mayor número de sacerdotes, y en ellos se establecían también obreros, comerciantes é industriales.

Estos distritos debieron sostener durante algún tiempo grandes luchas entre sí para conquistar la preeminencia, hasta que por fin se agruparon en dos grandes estados: el del Sur, es decir, el largo valle del Nilo desde la frontera nubia hasta más abajo de Fayum; y el del Norte que comprendía el Delta y el que luego fué territorio de Menfis. El soberano del Sur llevaba el título de Suteni y residía en la ciudad de Neehebt, hoy Elkab, situada en el extremo meridional de su imperio.

La misma importancia que en el imperio del Sur tenía esta ciudad, disfrutaba en el país septentrional la de Pe ó Dep, situada muy al Norte, casi á la orilla del gran lago pantanoso de Burlus.

Los antiguos egipcios explicaban la división de los imperios de la siguiente manera: el señor del mundo Ra, para poner fin á la lucha eterna entre los dioses Horo y Set, dividió entre los dos la tierra, concediendo al primero el país del Sur y al segundo el del Norte como imperio propio de cada uno.

Como todo pueblo civilizado, el Egipto debía tener una reli-